

La Universidad del Táchira

Ha estado nuestra ciudad de San Cristóbal y, con ella, todo el Táchira de fiesta. Una fiesta especial, entrañable, altamente significativa, de cumpleaños. Se trata, sin más ni más, de que ha celebrado sus primeros veinticinco (25) de existencia la Universidad Católica.

Tal fiesta se justifica y se entiende perfectamente. En el último cuarto de siglo y para todo el Táchira, la universidad por antonomasia es la universidad cumpleañosera que acabamos de mencionar. ¿A qué se debe este predicamento de la institución?. Se debe, sin la menor duda, a dos circunstancias que ningún tachirense puede echar en el olvido. La primera y principal consiste en la precedencia cronológica. La Universidad Católica del Táchira es, entre las actuales de la región, la primera en establecerse. Fue fundada en 1963. Su fundación concretó uno de los sueños más viejos, más sostenidos, más tenaces, más decisivos de nuestra tierra. La realización de este sueño se la debemos, de hoy para siempre, al tercer obispo del Táchira. A Monseñor Alejandro Fernández Feo. La segunda circunstancia a que aludimos consiste en la preeminencia que, frente a las demás universidades locales, ostenta, de manera indiscutible, la Universidad Católica del Táchira. Bien. Preeminencia es jerarquía académica en este caso. La aclaramos con facilidad. La Universidad Nacional Experimental del Táchira, por ejemplo, es una institución tecnológica. No dudamos de su importancia. Pero es característicamente tecnológica. La Universidad de Los Andes, que aquí es apenas núcleo, por serlo, resulta muy limitada en sus proyecciones. El Instituto Universitario Tecnológico lo dice todo desde el solo nombre. Solamente la Universidad del Táchira corresponde al modelo de lo que es la verdadera universidad. Aquella en que ocupan el primer lugar, dentro de su estructura académica, las disciplinas humanísticas.

La precedencia histórica, pues, y la preeminencia que quedan aclaradas no admiten discusión. La Universidad Católica del Táchira es, de 1963 para toda nuestra historia, la universidad por antonomasia. Decir "la universidad", sin más arrequives, entre nosotros, es referirnos a la Universidad Católica. Si hablamos de las demás, tenemos que utilizar su nombre entero para precisarlas. Pues bien. La Universidad del Táchira, por antonomasia, se la debemos a su fundador: Monseñor Alejandro Fernández Feo.

La Universidad Católica del Táchira comenzó como se suele comenzar siempre. Sin personalidad propia. Comenzó como dependencia o núcleo regional de la Universidad Católica Andrés Bello de la capital de la República. Por esta causa, que a todos nos es familiar, su denominación inicial fue la de Universidad Católica Andrés Bello (UCABET). Pero, como era de esperarse, la institución fue creciendo, fue fortaleciéndose poco a poco, fue consolidándose, hasta llegar a ser lo que es hoy. La institución, para decirlo metafóricamente, adquirió su mayoría. Se independizó de la Universidad matriz caraqueña. Se hizo, de todo en todo, tachirense. Cambió, entonces, de nombre. Se llama

Universidad Católica del Táchira (UCAT) hasta ahora. La independencia y la nueva nominación son obra, como todo lo demás, de Monseñor Alejandro Fernández Feo. "Y quien dijere lo contrario, como decía Don Quijote de la Mancha, miente por la mitad de la barba". Esto nos permite, de pronto, hacer unas tres recordaciones de justicia, a cual más hermosa. La Academia Venezolana de la Lengua, se la debe Venezuela, aunque el hecho nos caiga antipático, al General Antonio Guzmán Blanco, un jefe del estado venezolano bien poco académico. Sin embargo, no podemos divorciar la benemérita institución del nombre del Ilustre Americano. La Academia Nacional de la Historia se la debe la patria al Doctor Juan Pablo Rojas Paúl.

Tampoco podemos, sin cometer crimen de lesa justicia, discriminar estos dos nombres. La Casa de Bello es institución única, extraordinaria, ejemplar en su estructura arquitectónica y en su personalidad cultural. De ninguna manera podría discutírsele al eminente Presidente de la República, doctor Rafael Caldera, que fue quien la creó para disfrute de todos los venezolanos. Otro tanto podemos afirmar del Complejo Teresa Carreño, cuya trascendencia no necesita presentación. Se lo tenemos bien registrado en su haber al Presidente Luis Herrera Campins. ¿A dónde nos conducen estos elementos históricos?. A uno muy preciso, muy significativo, muy entrañable, muy justiciero, absolutamente indiscutible. La Universidad Católica del Táchira, que es el primer asiento de la educación superior en nuestra Tierra, es obra definitiva de Nuestro tercer obispo: Monseñor Alejandro Fernández Feo. Otrosí. Si tendemos la vista hacía el paisaje universitario venezolano, notamos que un chorro de universidades ostentan como ejemplo de nuestra cultura Verbigracia: La Universidad Simón Bolívar, la Universidad Francisco de Miranda, la Universidad Lisandro Alvarado, la Universidad Ezequiel Zamora, la Universidad Simón Rodríguez, etc. etc. etc. Ante semejantes nombres, reconocemos que en cada uno de ellos ha hecho la justicia debida al prócer respectivo. Y algo curioso, aunque no histórico. El nombre que distingue a estas universidades nos sabe, de pronto, a nombre de fundador.

La Universidad Católica del Táchira ha estado de fiesta cumpleaños. Se la merece sobradamente. Y, si observamos que se llamó primero Universidad Católica Andrés Bello Extensión Táchira, vemos que ahora se llama como sabemos: Universidad Católica del Táchira. Del Táchira, nada menos, Ahora bien. Si la institución es del Táchira, y si a todo el Táchira le consta por vista de ojos, desde hace veinticinco años, que la institución es obra personal, directa e intransferible, de Monseñor Alejandro Fernández Feo, ¿Por motivo especial, al entrar en su segundo cuarto de siglo de existencia, las autoridades respectiva le convierten el nombre, definitivamente en Universidad Católica del Táchira Monseñor Alejandro Fernández Feo?. Toda nuestra tierra puesta en pie de reconocimiento, en pie de cultura, en pie de justicia, debe aprestarse a tan significativa reivindicación. Sin miedo, ejemplar denuedo moral y jurídico. Con toda el alma. La realización pedagógica capital de Monseñor Fernández Feo no puede llevar otro nombre que el de Monseñor Fernández Feo. De hoy para siempre.